



WORLD
WARCRAFT
MIDNIGHT

EL LEGADO
DE LOS AMANI

GRAHAM ROSWELL

HISTORIA
GRAHAM ROSWELL

ILUSTRACIONES
MATT HUBEL

EDICIÓN
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO NARRATIVO
ABIGAIL MANUEL

ASESORAMIENTO CREATIVO
RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN,
STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,
JT TORREA, TAKAYUKI SHIMBO

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES
VALERIE STONE, NATALIA HINDS

TRADUCCIÓN
LUCAS LASAGNA, JUANI MANZONI CORRECCIÓN
GUIDO ZURZOLO



© 2026 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.



El olor pungente a hollín, hierro y tierra llenaba la habitación. La luz del fuego pintaba sombras y llamas sobre los rostros. Una hoguera ardía sobre un altar, crepitando al compás del suave canto de Kinduru.

El portavoz se mecía de aquí para allá frente a una roca antigua con la forma de una gran águila, con las alas abiertas de par en par y el noble rostro mirando a los cielos ocultos. Akil'zon. Madre de las tormentas y los cielos. Quien fuera la loa más importante de los amani ahora los había abandonado.

Aun así, Kinduru danzaba. Sus pies golpeaban la tierra compacta al ritmo de los tambores que sonaban solo para él. Cruzaba los brazos sobre la cabeza y los extendía una y otra vez, como si quisiera alzar vuelo.

Desde donde estaba arrodillada, Zul'jarra observaba las alabanzas de su tío. Entonaba cantos en honor a Akil'zon, en busca de bendiciones que nunca llegarían.

“Qué pérdida de tiempo”, protestaba una voz en su interior.

Con una última nota sostenida, Kinduru tomó un cuenco de madera del altar y lo alzó como signo de ofrenda y súplica. Hizo una profunda reverencia a la gran águila y se volteó hacia Zul'jarra.

Sintió un tirón en la espalda, pero se esforzó para permanecer quieta, con las rodillas sobre la tierra, las manos a los costados y el cuerpo inclinado hacia adelante. Esperaba que todo esto terminara pronto.

—¡Akil'zon! —exclamó Kinduru—. Dejamos tu marca sobre esta hija elegida.

Surgió un dedo en el cuenco. Se tiñó de un rojo oscuro, que luego esparció por los brazos, hombros y cuello de Zul'jarra.

—Te ves igual a tu madre —murmuró Kinduru mientras pintaba—. Pero veo la fiera de tu abuelo en esos ojos, filosos y peligrosos.

La ira envenenaba a Zul'jarra por dentro.

—No me parezco en nada a él.

La sonrisa de Kinduru se borró mientras la observaba, aún arrodillada en el centro del círculo de antorchas, entre el humo y el empalagoso olor de los aceites ceremoniales que saturaban el aire.

El portavoz volvió a alzar la voz.

—Gran águila. Acoge su mente, cuerpo y espíritu bajo tu ala. Bríndale fuerza y sabiduría. Protégela y guíala para que ella pueda proteger y guiar a su pueblo. —Posó su mano sin pintura sobre la cabeza de la joven líder—. Zul'jarra, hija de Zul'jin, futura jefa de los amani. —Habla con firmeza, pero el mínimo gesto de desprecio delataba su orgullo.

—Sigo sin entender por qué tiene que hacer esto. —Zul'jan estaba parado justo afuera de la ronda con su madre—. Y no entiendo por qué tú tienes que dar un paso al costado.

—Pues te estás esforzando en no comprender —espetó la jefa Zarama entre dientes.

La irritación de Zul'jarra era el exacto reflejo de la ácida respuesta de su madre. ¿Por qué su hermano siempre tenía que tocar un tema incómodo como si estuviera haciendo presión sobre una herida? Y sobre todo, en este momento en particular. Se suponía que esta ceremonia era una ocasión de celebración para su familia, una oportunidad para apreciar el ascenso de su hermana. En cambio, en el aire se sentía una tensión que cruzaba la habitación con la firmeza de una cuerda de arco.

—Te preocupas por tu hermana, pero es fuerte. Más que yo —continuó Zarama.

Zul'jarra tenía que hacer un esfuerzo descomunal, incluso para ella, que fuerza no le faltaba, para no fijarse en las heridas de su madre. Quemaduras que la propia Zarama ocultaba con una capa que no soltaba ni siquiera para hablar.

—Lo suficiente para evitar que otras tribus nos desafien.

—¿Y tú no? —replicó Zul'jan—. La poderosa Zarama, quien enfrentó a un gnardín sola en medio de la noche, y luego, cubierta de sangre por la batalla, volvió a su hogar portando las cicatrices de la victoria. ¿Eh?

Unas semanas atrás, la caravana de su madre había sido emboscada por unos gigantes que vagaban por los bosques cerca de su asentamiento. Le habían partido las costillas con una antorcha y le habían fracturado una pierna, heridas de las que, incluso para el trol más grandioso, hubiera sido difícil recuperarse.

—Además de todas tus otras hazañas —se quejó Zul'jan. Su voz trajo rápidamente a Zul'jarra a la situación actual—. ¿Eso no es suficiente?

Es cierto que pocos podían igualar a su madre, pero Zul'jarra había empezado a forjar su propia historia para dejar de ser solo “la hija de Zarama”. Nadie podía negar sus habilidades para el combate. Se puso a prueba no solo en entrenamientos, sino en combates reales, durante misiones de reconocimiento y refriegas en las fronteras para defender las tierras que aún no habían sido robadas.

Zarama apoyó una mano sobre el hombro de su hijo.

—No tienes que defender mi nombre. Ya tiene su propio peso. Pero estas heridas... Tal vez nunca me recupere de ellas. —Se aferró más fuerte a la capa—. Si sigo en el lugar de líder, y me desafían y me derrotan... —No hacía falta que terminara la frase. Todos sabían lo que eso significaría para su familia. Para su pueblo.

Zul'jan apretó los labios contra sus colmillos.

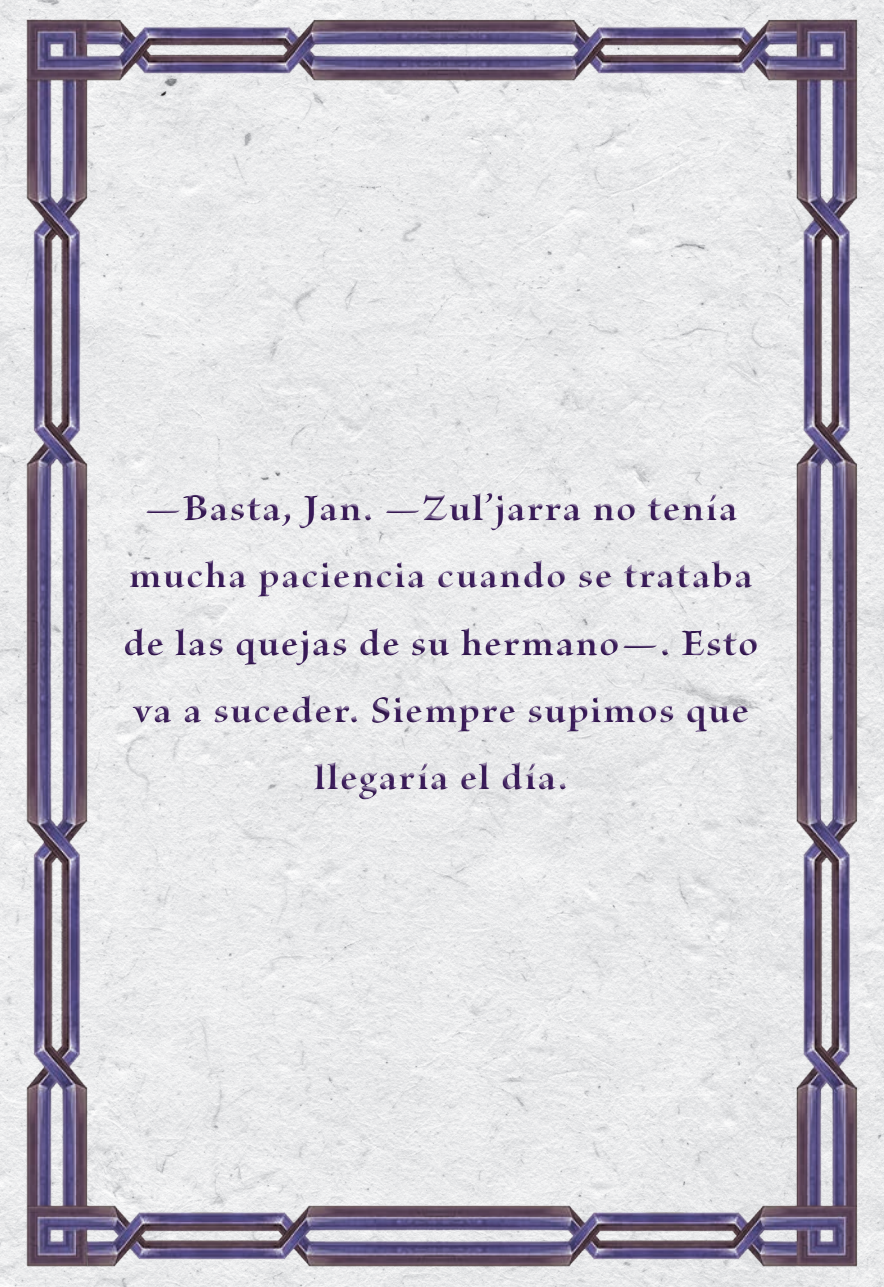
—Pero puedes...

—Basta, Jan. —Zul'jarra no tenía mucha paciencia cuando se trataba de las quejas de su hermano—. Esto va a suceder. Siempre supimos que llegaría el día.

Zul'jan bajó la cabeza en un gesto de deferencia. No podía contradecir esa verdad. Ella era la mayor. Era su destino.

Kinduru, que se mantuvo en silencio durante la discusión, como solía hacer, se aclaró la garganta.

—Si ya terminaron...



—Basta, Jan. —Zul'jarra no tenía mucha paciencia cuando se trataba de las quejas de su hermano—. Esto va a suceder. Siempre supimos que llegaría el día.

Zarama chasqueó la lengua y les hizo un gesto para que continuaran.

Zul'jarra se volteó hacia su tío.

—Como decía. —Volvió a apoyar la mano en la cabeza de Zul'jarra—. Zul'jarra, sangre de Zul'jin, futura jefa de los amani. Levántate y demuestra que eres digna.

Zul'jarra se puso de pie, con las rodillas resentidas y las piernas dormidas. Se imaginaba a su tío sermoneándola, contándole que, en sus tiempos, se arrodillaban durante horas sin problemas. “Pero los jóvenes ya no rezan”, se quejaba.

“Porque no hay nadie que nos escuche”, respondió Zul'jarra en su mente.

Cuando terminó, se apartó y se inclinó mientras proclamaba:

—De una a otra, que el manto sea legado.

Zarama se acercó a su hija. Con el movimiento, la capa dejó ver su mano pintada y, por un breve instante, la piel rugosa de su cicatriz. La imagen inquietó a Zul'jarra.

Con pulso firme, Zarama dejó su marca en el rostro y el destino de su hija.

Zul'jarra vio un brillo de dulzura bailando con afecto en los ojos de su madre, que pronto se disipó.

—Las demás tribus nos esperan. —Zarama levantó su hacha. Era una mole gigante con púas largas como sus dedos y una llama indomable. Se tambaleó bajo su peso. Tanto Zul'jarra como Kinduru atinaron a ayudarla. Hasta Zul'jan se aproximó, pero Zarama los detuvo con un gesto de la mano y se recompuso sacando pecho y con la frente en alto—. Démosle la bienvenida al futuro de los amani.



El viaje desde el santuario de Akil'zon hasta el salón de reuniones no era para nada extenso. Solo había un puente suspendido entre ambas estructuras, situadas en las dos colinas más altas. Amani'Zar se extendía alrededor de ellas. La aldea se había convertido en una especie de parada para quienes llegaban huyendo de espadas élficas y magia. Los colonizadores y sus aliados invadieron las tierras amani y se adueñaron de los territorios, lo que provocó el exilio de los sobrevivientes. Aquí, bajo la protección del Confín de Akil'zon, podían estar seguros. Era una tierra soberana



que supo contar con la protección de los loa. Los refugiados descansaban hasta recuperarse antes de continuar su viaje, pero algunos decidían quedarse.

Así es como los amani sobrevivieron a la sombra de las ciudades en expansión y que alguna vez se extendieron por todo el imperio. Ciudades que Zul'jarra jamás vio con sus propios ojos, pero que se presentaban en sus sueños, reconstruidas hasta la última piedra tal y como las retrataban los relatos de los ancianos.

Cuando ella y su hermano eran jóvenes, su tío y su madre hablaban del pasado, de los loa que vivían en sus templos y los por entonces numerosos portavoces, que invocaban sus bendiciones para todo tipo de acontecimientos, desde el nombramiento de un nuevo jefe hasta el nacimiento de bebés. El pueblo les rezaba antes de comer, viajar, visitar a amigos o familiares, plantar o cosechar cultivos, apostar en juegos o torneos. La reverencia por los dioses colmaba cada aspecto de la vida amani.

“Estábamos bendecidos de verdad”, decía Kinduru con esa mirada distante típica de él. Una mirada de asombro y anhelo.

¿Pero ahora? Algunos dirían que los amani tienen suerte de estar vivos.

Mientras su pequeño grupo continuaba caminando, Zul'jarra vislumbró caras nuevas mezcladas entre el resto del pueblo. Bueno, tal vez no estaban tan mezclados: los visitantes no se salían de sus grupos, aunque algunos se separaban para hablar con otros. La armadura marrón intenso y la pintura blanca de los secacorteza era fácil de identificar. También los amarillos brillantes y naranjas ardientes de los sombrapino, y los verdes y azules vívidos de los vilrama. Era particularmente fácil detectarlos por los huesos de sus máscaras.

De hecho, la cantidad de caras blancas entre tanto verde era una sorpresa. Y una preocupación.

—Hay muchos, ¿no?

—También lo noté —murmuró Kinduru sin voltear—. Parece que Kol'anji cambió ancianos por guerreros.

Zul'jarra apenas si pudo contener un gruñido. Debido a todo el tiempo que pasó junto a su madre, había asistido a numerosas reuniones con líderes de las otras tribus. De todos ellos, el arrogante Kol'anji era el que menos le agradaba.

—No veo a ningún sañadiente —observó.

—Yo tampoco.

—¿Los habrán emboscado?

—Es probable —respondió Kinduru, pero no sonaba convencido.

Y a ella tampoco le convenía esa idea. Casi nunca salía algo bueno de la ausencia de toda la comitiva de una tribu.

Había guardias a ambos lados de la entrada del salón de reuniones. Cuando Zarama se acercó, se enderezaron y la saludaron. Zul'jarra percibió los sonidos y olores de la reunión antes de ver la escena. Cuero engrasado, el aroma embriagador de las raíces y hierbas de los chamanes y, mezclado entre todo eso, el olor punzante del sudor.

Adentro, cada tribu había ocupado su lugar habitual en el gran salón. Había tantos vilrama que se extendían por el lugar vacío reservado para los sañadiente. Zarama se detuvo a saludar personalmente al representante de cada tribu, y Zul'jarra aprovechó la oportunidad para examinar el lado este del salón.

Como era de esperar, un rostro se destacaba entre las sombras. Una figura alta y delgada parada contra una columna con los brazos cruzados y ojos verdes penetrantes que recorrían a los invitados. Zul'jarra esperó a que se cruzaran sus miradas y bajó la cabeza en silencio para indicarle que se acercara. La figura se fundió entre la multitud y desapareció por un momento antes de reaparecer a su lado.

—Zul'jarra.

—Ral'ji. —Zul'jarra no se dirigía a la figura directamente, sino que seguía a su madre con la mirada mientras terminaba la ronda de saludos—. ¿Sabes algo de los sañadiente?

—Nada —respondió Ral'ji. Apenas un año mayor que Zul'jarra, Ral era una de sus mejores exploradoras. Si había algo extraño sucediendo, ella podía descubrirlo—. Preparé un grupo pequeño de búsqueda, por si acaso.

—Informa cualquier hallazgo.

Ral'ji hizo una leve reverencia, dio un paso atrás y se escurrió sigilosamente fuera del salón.

—¿Qué pasó? —llegó un susurro curioso desde atrás. Zul'jan claramente había escuchado la conversación, pero, por suerte, no había interrumpido.

—Sigo un presentimiento. —Le clavó una mirada con la esperanza de que su hermano comprendiera que hablarían del asunto más tarde. Había muchos ojos curiosos y oídos atentos en ese momento.

Zul'jan frunció el ceño. Se notaba que tenía preguntas, pero apretó los labios para contenerlas.

—Ten cuidado, o te quedará la cara así para siempre —le dijo Zul'jarra.

—Aun así sería más lindo.

Zul'jarra sonrió por primera vez en horas. Típico de Jan hacerla reír.

Pronto el grupo volvió a avanzar. El murmullo de las conversaciones se fue apagando a medida que pasaban y los asistentes agachaban la cabeza o saludaban a Zarama. No pasó desapercibido que varios vilrama no lo hicieron.

Zarama llegó a la mesa principal del salón y tomó asiento. Zul'jarra se paró a su derecha y Zul'jan a su izquierda, mientras que Kinduru hizo una reverencia exagerada y se apartó a un costado.

Zul'jarra seguía la mirada de su madre, que se posaba en cada representante parado al frente de su grupo. Bueno, excepto uno. Kol'anji estaba sentado, con una leve expresión de desdén que se pronunció cuando cruzó miradas con Zul'jarra, que sintió un fuerte rechazo.

—Tenemos mucho de que hablar, mmm —empezó Zarama.

Varios asintieron y el movimiento de las cabezas se vio como gotas de lluvia cayendo dentro del lugar.

—Nuestros exploradores han informado de nuevas líneas de suministros provenientes del sur. Detrás de sus muros dorados, los elfos están construyendo algo. Debemos estar listos para enfrentar cualquier amenaza. —Zarama miró fugazmente al espacio vacío de los sañadiente, pero solo por un instante—. Para ese propósito, yo... ya no seré su líder. Dejaré que mi hija, Zul'jarra, ocupe mi lugar.

Al oír su nombre, Zul'jarra dio un paso adelante.

—La entrené yo misma y ha enfrentado muchos peligros para brindar seguridad a nuestro pueblo. Ha estudiado al enemigo, conoce sus tácticas y será quien los ajusticie. La leyenda de nuestro legado resuena en su sangre —concluyó Zarama.

Estallaron vítores por todo el salón, y Zul'jarra sintió que se le inflaba el pecho de orgullo. Este era el momento. Todo lo que su madre, su... su padre y su tío le habían inculcado llevaba a este momento. Levantó el mentón como había visto a su madre, su líder, hacer tantas veces.

—Creo yo —interrumpió una voz desagradable y familiar—, que antes de pasar el manto, deberíamos poder opinar. —Kol'anji se inclinó hacia adelante, flexionando sus brazos musculosos cubiertos con más cicatrices que piel sana.

Zul'jarra apretó fuerte los dientes.

—Kol'anji —Zarama le dio lugar a su queja con un porte profesional—, ¿quieres decir algo?

—Sí. —El jefe de los vilrama sonrió mostrando todos sus dientes. Finalmente se puso de pie, empuñando una maza gigantesca. La cabeza estaba muy gastada por los infinitos golpes que aplastaron a sus enemigos, y el pomo, rajado y convertido en una punta con aura maligna teñida de rojo. Levantó el arma con una mano y apuntó a Zul'jarra con ella—. Dices que esta muchacha conoce a los elfos. ¿Acaso luchó contra ellos en otras batallas aparte de simples refriegas fronterizas? ¿Acaso vio sus ejércitos numerosos, sus lluvias de flechas, el fuego que emana de sus manos, y decidió enfrentarlos de todos modos?

No fue la primera vez que Zul'jarra, desde que se enteró de que iba a ser la líder, sentía un vacío en su ser. Una falta que no sabía bien cómo subsanar.

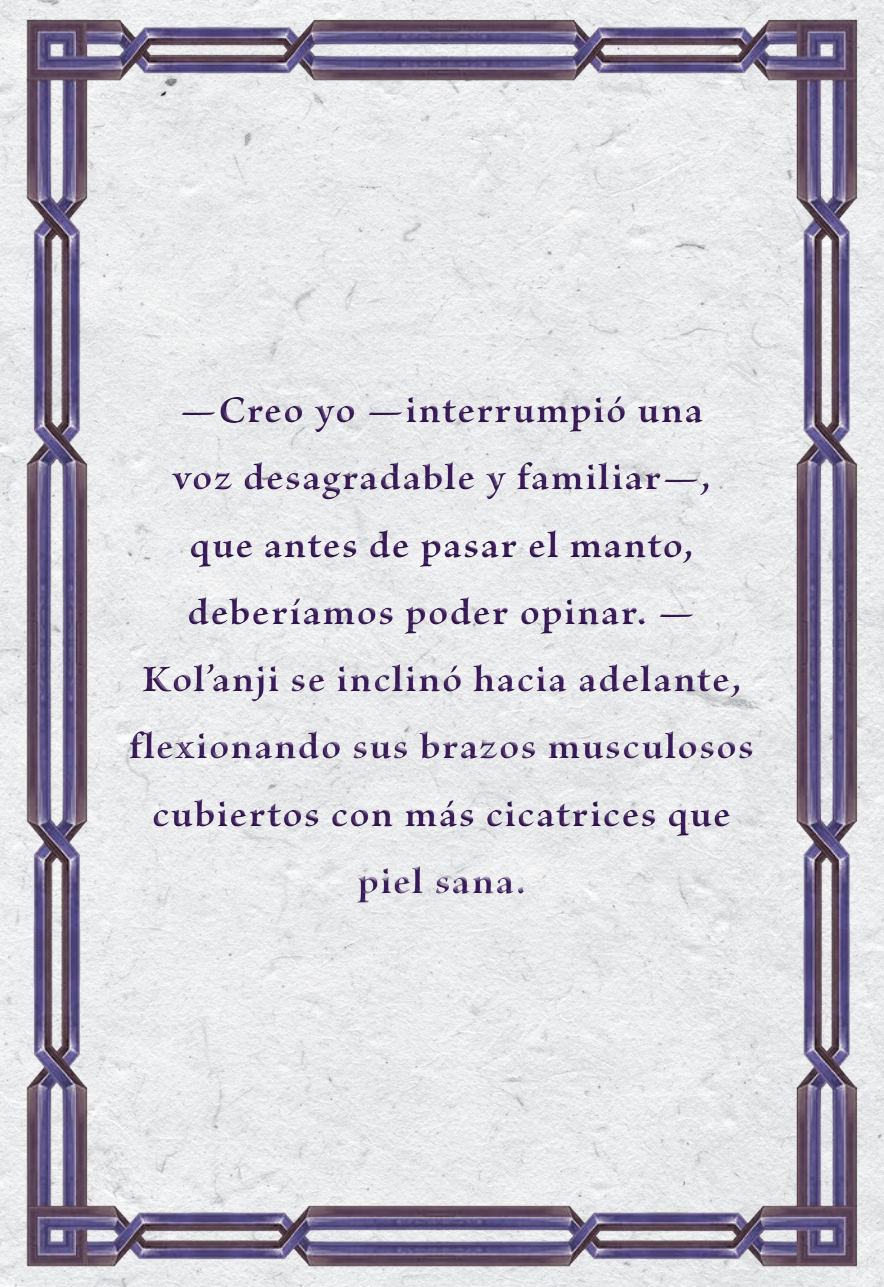
—¿Nooooooo? No me sorprende. —Kol'anji cambió de objetivo y apuntó con su dedo grueso a una Zarama inmutable—. Los errores de tu familia nos hicieron perder lo poco que nuestros enemigos no se llevaron. ¿Y ahora quieres dejar a esta niña inexperta a cargo? —Se lamió los dientes y dejó que el insulto resonara en cada rincón de la sala—. No estoy de acuerdo.

Zul'jarra no pudo contener la furia.

—¿Te atreves a discutir justo en este momento?! ¿Quieres que peleemos entre nosotros mientras los elfos podrían estar preparando un ataque?

—Los elfos son el menor de tus problemas, muchacha. —Un placer maniaco se dibujada en la cara de Kol'anji. Seguía pasándose la lengua por los dientes, esta vez jugando con una banda de cuero que adornaba un colmillo—. Invoco el derecho a desafiarte.

La sala estalló en gritos de traición desde un lado y la exigencia de responder al desafío desde el otro. Zarama alzó las manos para pedir silencio, pero las tribus no paraban de silbarse y escupirse. Aparecieron puños alzados en el aire con armas. Los insultos y las acusaciones volaban como lanzas.



—Creo yo —interrumpió una voz desagradable y familiar—, que antes de pasar el manto, deberíamos poder opinar. —

Kol'anji se inclinó hacia adelante, flexionando sus brazos musculosos cubiertos con más cicatrices que piel sana.

—Son todos unos cretinos. —Zul'jan se hacía el desinteresado, pero sus ojos delataban su preocupación.

Harta, Zul'jarra agarró de un tirón el hacha de su madre que estaba sobre la mesa. La levantó sobre su cabeza y, con un rugido, azotó el suelo. El golpe causó un sonido atronador y agrietó la piedra. Sus labios se curvaron al arrancar el arma del suelo fracturado.

—Su jefa pidió orden —se dirigió a la concurrencia mientras fulminaba con la mirada a Kol'anji, que seguía sonriendo.

Tras su paso, se hizo el silencio hasta que llegó de vuelta al lado de su madre. La expresión de Zarama era imposible de leer, pero en sus ojos brillaba la ira que había bullido de Zul'jarra.

—Muy bien —dijo Zarama, con una voz que se asemejaba al sonido de la calma antes de la tormenta—. El desafío será respondido.



Fue un milagro que el cónclave se dispersara sin violencia. Kol'anji reunió a sus fuerzas, y se retiraron fuera de los límites del asentamiento. Las demás tribus volvieron a sus alojamientos designados. El salón quedó vacío, excepto por Zul'jarra y su familia. Si bien se pudo evitar una batalla campal, aún había mucho por lo que pelear.

¡Déjame enfrentarlo! —Las sienas de Zul'jarra latían por la irritación—. ¡No es más que un simple trol!

—Jarra —empezó su madre mientras se masajeaba la frente.

—¡Puedo hacerlo!

—No. —Zarama cortó el aire con la mano—. Puede que Kol'anji sea una víbora traicionera y confabuladora, pero sus colmillos son filosos y sus golpes, letales. —Posó la mirada donde se encontraba su hacha, de nuevo sobre la mesa—. Si quiere pelea, entonces *yo* se la daré.

Zul'jarra no creía lo que oía, era como si le hubieran propinado un puñetazo en la garganta.

—Y perderás —interrumpió Kinduru antes de que su sobrina pudiera emitir palabra—. No me mires así; yo estuve ahí cuando caíste tumbada en la choza de

curación. Estabas hecha un desastre, pero gracias a los loa sobreviviste. Apenas pudiste recuperarte para reunir este cónclave y presidir la ceremonia. No puedes enfrentar a otro guerrero en una batalla a muerte. Además, si actúas en representación de Jarra, solo debilitarás más su imagen. —El portavoz apartó la mirada de Zarama para ver a su sobrina, y volvió a mirar a la esposa de su hermano—. La desafiada fue Zul'jarra. La decisión es suya por derecho.

—¿Y qué va a pasar con el próximo contendiente que llegue? —dijo Zul'jan—.
¿O el que le siga? ¿O el próximo después de ese?

Zul'jarra miró a su hermano con el ceño fruncido.

—¿Pero, por qué...?

—Kol'anji no solo quiere pelear, te dijo que no eres digna. Vencerlo no va a borrar esas palabras.

Lamentablemente, su hermano tenía razón. Dadas las respuestas durante el cónclave, había otros que compartían la opinión de Kol'anji. Podía pasarse el resto de sus días como jefa peleando contra contendientes.

—En mis tiempos... —empezó Kinduru.

—Ahí va de nuevo... —murmuró Zul'jan.

—*En mis tiempos* —Kinduru fulminó a su sobrino con la mirada—, el favor de un loa era suficiente para evitar que te desafiaran.

—Los loa ya no existen —le espetó Zarama, perdiendo la paciencia—. Y sus favores tampoco.

En momentos como este, era fácil sentir que la ausencia de los loa era un problema omnipresente para las tribus. Como un hueso roto que se pretende curar sin ensalmar, su pueblo se recuperaba, pero la herida quedaba por el resto de la vida.

—Los loa están *ausentes*, pero su favor perdura. —Kinduru miró a Zul'jarra—. Debes ascender al templo de Akil'zon.

—¡De ninguna manera! —exclamó Zarama—. ¡La montaña es muy peligrosa ahora!

—En el templo, encontrarás un hacha —insistió Kinduru—. Akil'zon se la otorgó a nuestro pueblo hace tiempo. El regalo de un loa porta su toque divino. Y aunque el viaje es peligroso, no es imposible. Si regresas con el hacha en tus manos, para muchos será prueba suficiente de que, si bien los loa están en silencio, siguen

protegiéndonos. Y a ti también. Derrota a Kol'anji con esa arma. Demuéstrales a todos que sí eres digna.

El silencio cubrió la sala por completo. Cualquier argumento que pudiera esgrimir Zarama parecía disolverse antes de salir de su boca a medida que se daba cuenta, junto a los demás, de que probablemente esa era la única manera de asegurar la estabilidad del liderazgo de su hija. Cerró los ojos y soltó un suspiro tan denso que hasta Zul'jarra sintió que sus propios hombros se hundían bajo su peso.

—¿De verdad quieres hacer esto? —preguntó Zarama con voz suave pero firme.

Zul'jarra asintió con la cabeza.

—Sí. Lo... necesito. No importa si hacerlo significa ganarme el favor de los loa o no: será la prueba de que tengo la fortaleza para liderar a nuestro pueblo y defender mi nombre. Servirá para que Kol'anji se trague sus palabras y no vuelva a cuestionar mi experiencia.

Sin pronunciar una palabra más, Zarama se levantó y rodeó la mesa. Zul'jarra notó una leve cojera y que se apoyaba más sobre la pierna derecha, pero no dijo nada. Solo se entregó a su abrazo.

—Para el desafío se requieren dos días de preparación —susurró Zarama entre el cabello de su hija—. Puedo conseguirte ese tiempo, pero si no llegas al tercer día...

—Lo lograré, madre. —Las dos se abrazaron más fuerte, casi hasta sentir dolor.

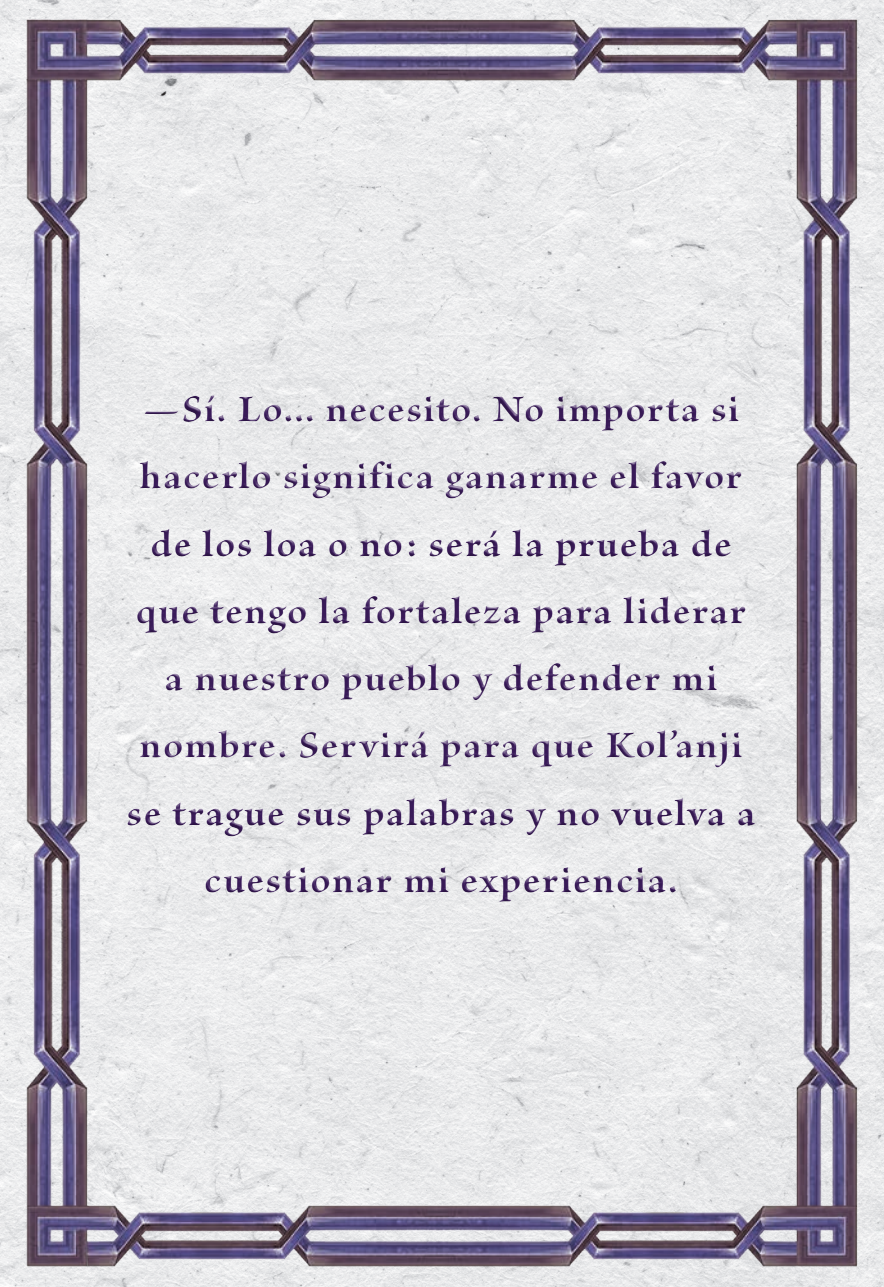
—Vuelve a mi lado, ¿oíste? Vuelve.



Tomada la decisión, Zul'jarra empezó a prepararse. La montaña no estaba lejos, pero la cumbre donde se encontraba el templo era alta, y los vientos encantados que llevaban a los viajeros hasta el estrado dejaron de soplar el día que la loa desapareció. Sin la bendición de la Madre Cielo, el ascenso era prácticamente una condena a muerte. Una que Zul'jarra estaba dispuesta a enfrentar.

Posó la mirada en las provisiones esparcidas sobre la mesa del centro de su habitación. Normalmente estaba cubierta de mapas y misivas. Esta noche, dispuso los suministros que iba a necesitar para su viaje.

Un llamado a su puerta la distrajo de su tarea.



—Sí. Lo... necesito. No importa si hacerlo significa ganarme el favor de los loa o no: será la prueba de que tengo la fortaleza para liderar a nuestro pueblo y defender mi nombre. Servirá para que Kol'ANJI se trague sus palabras y no vuelva a cuestionar mi experiencia.

—Adelante.

Para su sorpresa, era su hermano. Observó con atención la mesa cubierta de provisiones.

—Pocas cosas para un viaje de dos días.

—Es más que suficiente para lo que tengo que hacer.

Zul'jan se apoyó contra la puerta. Ninguno de los dos hablaba mientras ella empacaba. El silencio se hacía cada vez más denso, hasta que él dijo:

—Hay *otras* formas de derrotar a Kol'anji. Métodos que no implican arriesgar la vida por un arma ceremonial que no significa nada ahora que los loa se fueron.

No eran las palabras en sí, sino la forma en que hablaba, suave, como si estuviera compartiendo un secreto, lo que hizo que Zul'jarra se detuviera un momento. Tenía su atención.

—¿Cómo cuáles?

—Un veneno.

—Tentador —admitió Zul'jarra—. Pero no.

—Nada muy fuerte como para quitarle la vida, solo... atontarlo. Debilitarlo por un momento. Y darle tiempo a mamá para que...

—Así que tú también dudas de mí, ¿eh? —Zul'jarra volteó para mirar a su hermano directamente. Frunció los labios y levantó las cejas en un claro desafío para que le respondiera.

Zul'jan respondió a la mirada con su usual tranquilidad silenciosa. Luego de una vida entera juntos, ya tenía cierto manejo de los cambios de humor de su hermana.

—Puede que sea la única persona que *jamás* dudó de ti, pero si quieres tener una oportunidad contra Kol'anji, ¡deberías pasar los próximos días descansando! ¡Entrenando! Cualquier cosa, menos hacerle caso a un cuento de ha...

—Basta, Jan. *¡Basta!* —Cortó el aire con la mano—. Voy a hacer esto. *Tengo* que hacerlo.

—¿Por qué? —Esa simple pregunta era tanto una interrogación como un ruego. Lo veía en sus ojos: el dolor, el miedo. Por ella.

Quería abrazarlo. Contenerlo en sus brazos y prometerle que todo iba a estar bien.

—No tengo otra opción. Y no espero que lo entiendas.

Un dolor diferente se manifestó fugazmente en su cara.

—Entonces supongo que está bien que no lo entienda.

Zul'jarra sintió piedras en el estómago.

—Y jamás lo entenderás —dijo mientras seguía preparándose.

El silencio de antes volvió a instalarse. Hizo todo lo posible para ignorarlo, ignorar la sensación de los ojos de su hermano clavados en su nuca. Pero justo antes de que se rindiera ante la necesidad de decir algo, de decirle que se fuera o ayudara, Zul'jan habló.

—Te conozco muy bien, hermana. Eres firme, apasionada, fuerte y amable. Pero nunca pensé que fueras una tonta. Hasta ahora. No dejes que tu terquedad te cueste más de lo que puedes ofrecer.

Se marchó con un portazo.

Sola, Zul'jarra no hizo más que quedarse parada en silencio. Sabía que su hermano hablaba desde la preocupación, pero sugerir una estrategia tan deshonesta... Aunque es cierto que los vilrama no son famosos justamente por su estricta moral.

Otro golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—No estoy de humor para seguir escuchando tus tonterías, Jan.

—¿Qué hizo ahora? —preguntó una voz jocosa.

Zul'jarra se dio vuelta y vio a Ral'ji parada en la puerta con un gesto burlón en el rostro, y no pudo evitar responder con una sonrisa.

—Nada. Es que... mi hermano es hábil con las palabras. Y a veces para mal. —Le hizo un gesto a Ral para que entrara—. ¿Qué averiguaste?

La exploradora cerró la puerta antes de hablar.

—Los sañadiente no fueron emboscados: no vinieron.

—¿Qué?!

—No vinieron. —Ral'ji extendió las manos vacías a los costados en señal de disculpas—. Como protesta por... Como protesta. —No tenía que decir por qué, Zul'jarra ya conocía el motivo.

—Contra mí —espetó—. No quieren que sea la nueva jefa.

—Tal vez. —Ral'ji cruzó el pequeño espacio que la separaba de la cama para sentarse sobre ella. Dio unos golpecitos a su lado, llamando a Zul'jarra—. Mis fuentes



dicen que la gente está preocupada porque se rumorea que los elfos están reuniendo fuerzas.

—No son los únicos. —Zul'jarra se desplomó junto a Ral y le sacó una leve sonrisa.

—No, pero la protesta es más contra lo que sucedió la última vez que las tribus unimos fuerzas que contra ti personalmente. Si eso te sirve de consuelo.

—Para nada.

Ral'ji la miró con dulzura mientras tomaba una de sus manos entre las suyas.

—Tú no eres el problema.

Eran dedos acogedores y reconfortantes, pero los pensamientos autodestructivos de Zul'jarra no la dejaban en paz.

—No, toda mi familia es el problema. Otra piedra más que mi abuelo colgó en mi cuello. —Hundió el rostro entre sus manos y ahogó un quejido de frustración.

—No puedo fingir que sé por lo que estás pasando.

Posó las manos sobre los hombros de Zul'jarra, y el contacto la sacó del pozo en el que se encontraba.

—Pero no tienes que enfrenarte a esto tú sola. —Llevó las manos a ambos lados de su cara, conteniendo sus mejillas en las palmas y acariciándola con los pulgares—. Hay gente con la que puedes contar. Gente que se preocupa por ti.

La ira de Zul'jarra se aplacó. Bajó la cabeza y cerró los ojos cuando Ral'ji apoyó su frente contra la suya.

—Lo sé.

—Y aun así, vas a ascender por una montaña maldita tú sola. —Sin dudas, Ral tenía mucho que decir de la decisión de Zul'jarra.

—He subido muchas montañas sola.

—Iría contigo.

—Lo sé.

—Sin dudarlo.

—Lo sé.

Ral'ji suspiró con el peso de la resignación y la silenciosa decepción que se siente ante la imposibilidad de ayudar a un ser querido.

—Si sabes tanto, entonces sabrás que no estoy nada feliz con esta decisión.

—Mmm.

—Y que estaré a tu lado si me necesitas. —Ral'ji rodeó a Zul'jarra con sus brazos y la contuvo contra su cuerpo mientras oscurecía—. Siempre.



La aldea estaba sumida en silencio cuando Zul'jarra se escabulló de su hogar para echarse a andar por los caminos vacíos. Bajo el manto de la noche, podía ir al bosque inadvertida, sin alertar a los centinelas amani ni al contingente vilrama que acampaba en la entrada.

Con paso firme pero ágil, repasó el plan en su cabeza por enésima vez. Estaba muy oscuro para ascender el tramo más empinado, pero pensaba avanzar todo lo que pudiera. Si reanudaba el viaje a primera hora, podía llegar a la cima a media tarde. Luego solo tenía que encontrar el hacha, descender y regresar a tiempo para el desafío de Kol'anji. Era un plan bastante impreciso y con varios puntos débiles, pero era todo lo que tenía.

Por el camino, se cruzó con pequeños santuarios dedicados a Akil'zon. En el pasado, estos monumentos rebosaban de velas y ofrendas que dejaban los fieles, tributos hechos a mano por los creyentes o cestas llenas de comida. Algunos incluso ofrecían pieles de sus cacerías. Todo para ganarse el favor de la loa en distintos aspectos de la vida, pero cuando su voz dejó de escucharse, los santuarios quedaron vacíos y sumidos en la oscuridad.

Fue en uno de estos sitios sagrados que Zul'jarra decidió acampar. La zona era relativamente llana, algo descubierta pero elevada. No era el mejor escondite, pero podía defenderse si fuera necesario.

Apoyó el bolso en el suelo y empezó a desempacar lo que necesitaba para la noche. A su alrededor, el bosque se encontraba inmóvil. No había viento ni criaturas andando por los matorrales. Pero cuando escuchó unas hojas crujiendo un poco más fuerte, supo que no estaba sola: su experiencia entre los árboles le había enseñado esa lección.

Se acercó a su bolso fingiendo buscar cualquier cosa, pero tomó su lanza.

Otro crujido, pero más cerca.

Y más cerca.

Cuando su potencial atacante llegó al borde del claro, Zul'jarra se levantó de pronto y giró sobre sus talones en un único movimiento veloz. La vio claramente: una silueta en la oscuridad. Avanzó de un salto, lista para atravesar el corazón de quien la acechaba.

Pronto vio un par de manos arriba en un gesto de defensa.

—¡Jarra!

—¡J...Jan?! —Su cuerpo se congeló de la sorpresa en plena estocada, y casi se tropieza con sus propios pies en un esfuerzo por contener su ataque.

Vio los ojos de su hermano como platos bajo la luz de la luna, alternando la mirada entre ella y la punta de su lanza.

—¿Qué estás haciendo?! —urgió bufando.

Zul'jan bajó las manos lentamente.

—Rezando por que no me cortes la cabeza.

—¡Eres un insensato! —Bajó el arma, no sin antes darle un golpe en el brazo con el pomo de la lanza al idiota de su hermano—. ¡Podría haberte matado!

Zul'jan avanzó hasta donde estaba el bolso.

—Eres muy hábil para cometer ese error.

—¿Qué haces merodeando en la oscuridad?

—¿No es obvio? —preguntó con su típico tono sarcástico—. Vine a ayudar.

—No necesito tu ayuda.

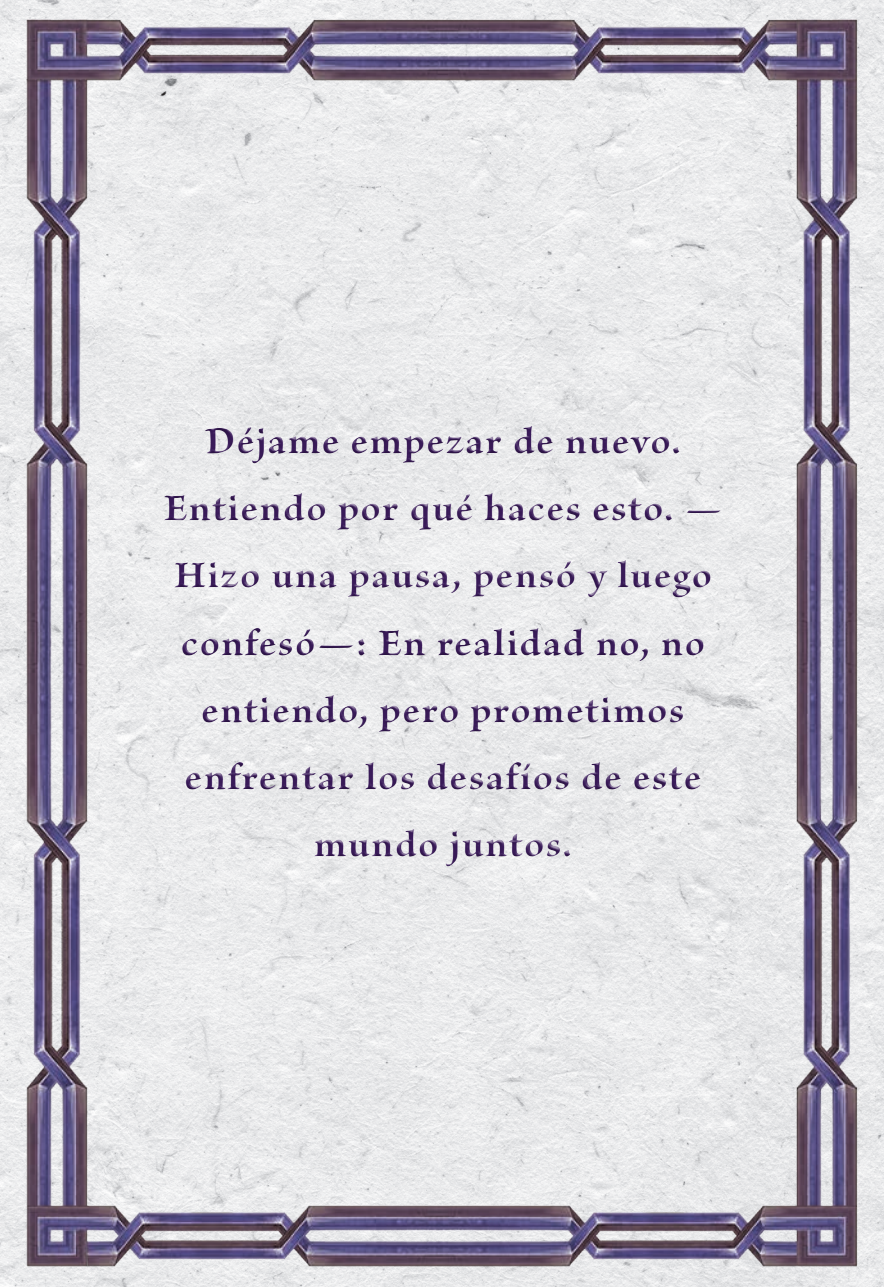
—Tal vez sí.

—¡Podrían haberte atacado los gnarldin! ¡O los elfos!

—A ti también. Mira, ya sé que quieres hacer todo sola. Eres así desde que éramos niños.

—Aún eres un niño. —Zul'jarra frunció el ceño con la esperanza de que su hermano al menos sintiera su expresión, si acaso no llegaba a verla.

—Y sin embargo eres tú la que hace un berrinche. —Tuvo que esquivar otro golpe de lanza—. Déjame empezar de nuevo. Entiendo por qué haces esto. —Hizo una pausa, pensó y luego confesó—: En realidad no, no entiendo, pero prometimos enfrentar los desafíos de este mundo juntos. Tú siempre ibas a ser la líder y yo siempre iba a estar a tu lado para apoyarte. Si así es como empieza todo, contigo subiendo una



Déjame empezar de nuevo.
Entiendo por qué haces esto. —
Hizo una pausa, pensó y luego
confesó—: En realidad no, no
entiendo, pero prometimos
enfrentar los desafíos de este
mundo juntos.

montaña en mitad de la noche y el abandono de los loa para buscar un hacha bonita, entonces estoy para acompañarte.

Mirando a su hermano y escuchando sus palabras, las últimas llamas del enojo de Zul'jarra se aplacaron. Suspiró y sacudió la cabeza.

—Se supone que tú eres el listo.

—Pues lo soy —sonrió Zul'jan con un brillo en los ojos.

—Más bien eres un tonto. ¿Cómo se te ocurre seguirme tú solo? Camino por estos bosques sola todo el tiempo, y tú todavía te pierdes en el mercado.

—En mi defensa —empezó a decir Zul'jan mientras se acercaba—, ese lugar es la encarnación del caos. Y jamás me perderé si te sigo a ti.

A pesar de sus últimos desacuerdos, Zul'jan siempre la seguía a todas partes, durante toda su vida. Y no tramando una traición o conspirando para su propio ascenso, sino acompañándola genuinamente y cuidándola, como bien sabía que ella cuidaría de él.

—Bueno. Si vas a venir conmigo, al menos haz algo útil. Recoge leña para el fuego.

Entre los dos, montar campamento fue una tarea rápida. Al poco tiempo estaban sentados frente a la temblorosa luz de un fuego recién encendido, mientras calentaban unas raciones de comida sobre una piedra. Zul'jarra atizó las brasas para que dieran más luz y calor mientras su hermano se entretenía con un carbón y un papiro. Notó que estaba dibujando.

—Hacía tiempo que no te veía hacer eso.

—¿Mmm?

Zul'jarra señaló la ilustración.

—Lo hago todo el tiempo. —Garabateó unas líneas más de lo que parecía ser un retrato—. Es que ya no prestas atención.

—"Ya no prestas atención" —dijo con voz burlona y luego sonrió y se asomó con interés. Sintió un salto en el pecho con lo que vio.

No tenía un parecido muy preciso, algo común en las reconstrucciones de la memoria, pero de todas formas reconoció el rostro.

—¿Ese es...?

—Papá —asintió Jan—. A veces lo dibujo. Cuando tengo miedo de estar

olvidándome de su apariencia, o si no sé qué diría o haría frente a alguna situación.
—Inclinó el papiro para observarlo mejor.

Zul'jarra lo miró fijamente, absorta. Jan era pequeño cuando perdieron a su padre; tenía sentido que se esforzara por aferrarse al recuerdo. Zul'jarra era apenas mayor, pero para ella, jamás se desvaneció.

Recordaba la fuerza de sus brazos cuando los cargaba sobre sus anchos hombros. Recordaba su risa estridente que se escuchaba por toda la casa. Su padre era un gran hombre con un gran corazón. Kinduru se burlaba de él por su sensibilidad. En comparación con Zarama, la mayoría era más sensible, pero eso nunca hizo que Man'ye se privara de demostrarles afecto a sus hijos. Mientras que su madre era un ejemplo de disciplina, con la voluntad férrea de una jefa, su padre encarnaba el amor. El amor por la familia y también por el pueblo. Zarama preparó a sus hijos para afrontar la realidad del futuro y los desafíos que sin duda llegarían. Man'ye les inculcó un respeto por el pasado, por aquella época en que los loa agraciaban su mundo, y el sueño de recuperar la grandeza de su pueblo no parecía tan lejano.

—¿Qué crees que nos diría? —preguntó Zul'jan, lo que sacó a Zul'jarra de sus recuerdos—. Sobre todo esto.

—No lo sé. —Zul'jarra se dio vuelta para echarle un vistazo a la comida mientras se secaba disimuladamente un par de lágrimas de la cara—. Creo que te diría que vuelvas a casa antes de que salgas lastimado.

Zul'jan entrecerró los ojos, apartó el boceto a un lado y se acercó.

—Tú eres la mayor y la heredera, pero no te olvides de que yo también estuve ahí. Las lecciones de nuestra madre, el entrenamiento... Fueron largas noches en que el peso de todo por poco la aplastaba. No solo el peso de su puesto y de la derrota que la llevó ahí, un legado roto, sino la retirada de nuestro' loa y la desconfianza cada vez más grande del pueblo... Sin nuestro padre y el tío, ¡ese peso la habría aplastado!

Zul'jarra tenía la mirada fija en las llamas ondulantes que bailaban. Él tenía razón, pero esa sensación de injusticia hacía que todo resultara aún más difícil de soportar.

—Tú naciste con la responsabilidad de llevar esa carga, pero yo la conozco tanto como tú. Y no quiero ver a mi hermana aplastada.

Zul'jarra bufó y se alejó.

—No me va a aplastar.

Ante la luz vacilante del fuego, la mirada de Zul'jan era firme y un tanto aflagida.

—Quizá no aún, pero ¿y si sigues por este camino que has elegido?

—Yo no *elegí este camino*. Lo eligieron por mí. De la misma forma que lo eligieron para nuestra madre. —Todo se remontaba a los actos de su abuelo. En el fondo, Zul'jarra culpaba a Zul'jin por el destino que había sufrido su pueblo. Si su orgullo no lo hubiera llevado a desafiar a la Horda, la derrota de los amani no los habría destrozado. Y, quizá, la caída de los amani *y también* de su familia no habría sido tan dura. A pesar de su bravuconería y su pomposidad, Kol'anji tenía razón en una cosa: el fracaso era parte de su herencia.

—Conozco esa mirada —comentó Zul'jan en tono seco.

—¿Qué mirada? —protestó.

—Esa mirada que significa “No me importa lo que diga Jan, voy a hacer lo que se me dé la gana”.

Esbozó una sonrisa involuntaria, a pesar de su malhumor. Una tenue sonrisa.

—¿Todo eso en una mirada?

—Mhm. La conozco muy bien. —Le acercó un nudillo a la cara y empujó suavemente contra su mejilla—. Aquí está.

—Ey, ¡basta! —Lo apartó con una mano y se frotó la cara con la otra. La tenue sonrisa creció de oreja a oreja.

Jan llevaba una sonrisa parecida.

—Mucho mejor —dijo—. Nunca hay que acostarse con el ceño fruncido.

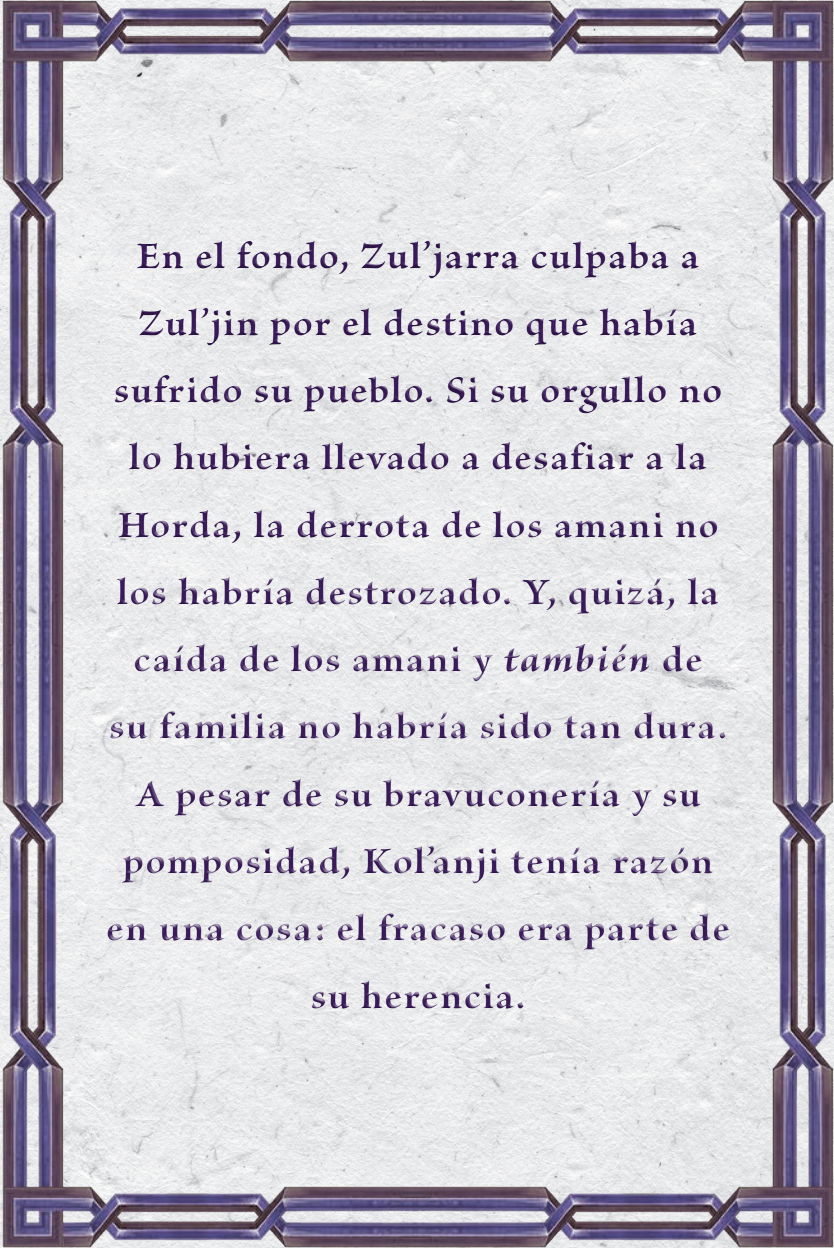
Esa había sido otra lección del padre. Pensar en él le dio algo de paz interior a Zul'jarra. Daría lo que fuera por preguntarle su opinión en esta situación. Pero era imposible.

—Aún estamos a tiempo de volver —dijo Zul'jan—. Podemos idear otro plan en el que no corras el riesgo de caerte de la cima de una montaña.

—No me voy a caer.

—Pero es un riesgo. Y luego nuestra madre tendría que batirse a duelo no solo herida, *sino también* con el corazón partido. ¿Cómo crees que saldría eso?

Sabía que su hermano no le había apartado la mirada, pero, en lugar de



En el fondo, Zul'jarra culpaba a Zul'jin por el destino que había sufrido su pueblo. Si su orgullo no lo hubiera llevado a desafiar a la Horda, la derrota de los amani no los habría destrozado. Y, quizá, la caída de los amani y *también* de su familia no habría sido tan dura.

A pesar de su bravuconería y su pomposidad, Kol'anji tenía razón en una cosa: el fracaso era parte de su herencia.

responderle, tomó una porción de la comida que ya se había quemado y se la ofreció.

—Come. Y descansa. Tenemos un arduo día por delante.



El sol ni siquiera se había asomado por el horizonte cuando levantaron campamento. Zul'jarra iba primera y marcaba el ritmo. Zul'jan la seguía en silencio, pero sí se escuchaban los trazos constantes sobre el papel, mientras dibujaba.

“Como cuando éramos niños”.

Recordaba mañanas similares en las que despertaban temprano para encargarse de un sinnfín de tareas, con Jan siguiendo sus pasos. Jan, siempre presente; siempre leal.

Si bien no estaba dispuesta a admitirlo a viva voz, le alegraba que la hubiera seguido una vez más.

No pararon para descansar ni para comer; en cambio, se pasaban el agua y un pedazo de jabalí seco una y otra vez mientras caminaban. De alguna manera, llegaron a la última subida sin ningún percance. Por fin, un poco de suerte.

—Bueno. —Zul'jarra asintió y ajustó las correas de su mochila—. Espera aquí mientras yo...

—*¿Que espere aquí?* —Zul'jan soltó una carcajada incrédula—. *¿Todavía insistes en hacer esto sola?*

—Será más rápido si solo...

—Si tienes tantas ganas de morir, ¿por qué no saltas al vacío y listo, eh? Kol'anji luego puede blandir su maza contra tu espíritu.

Zul'jarra sintió que la ira la invadía.

—¿Qué quieres que haga, Jan? ¿Que le ponga veneno en la comida? ¿Que lo degüelle mientras duerme?

Él se encogió de hombros.

—Em... Sí, prefiero que muera él antes que tú.

—Ah, ¿quieres que yo viva con semejante deshonra?

—¡Él haría lo mismo si pudiera! ¡Y lo importante es que así *vivirías!*

—Sé que *tú* no tienes problema en escapar de una pelea, pero no todos nos

sentimos cómodos acechando desde las sombras para atacar por sorpresa. Nuestro pueblo necesita a alguien que los lidere, ¡no a un cobarde!

Zul'jan dio un paso atrás como si hubiera recibido un golpe, con los ojos llenos de dolor. Recién en ese momento, Zul'jarra se dio cuenta de que había interpretado que hablaba de *él*, cuando en verdad se refería a Kol'anji. Abrió la boca para tratar de disculparse, pero se detuvo. Si Jan se enfadaba con ella, no iba a querer acompañarla. Volvería a casa. Estaría a salvo. Luego, una vez que hubiera recuperado el hacha y vuelto a casa, podría explicarle la confusión. Si bien la partía al medio lastimarlo de esta forma, lo hacía por su bien.

Es lo que haría una jefa.

“No, no, no, ¡míralo!”, gritó una voz débil en su interior. “¡No puedes dejarlo así! ¡Discúlpate!”.

En cambio, levantó el mentón.

El dolor en la expresión de su hermano se esfumó bajo una máscara de indiferencia que le dolía mucho más que si le hubiera contestado a los gritos.

Asintió con la cabeza.

—Llovió hace unos días —murmuró, con la voz mucho más tranquila de lo que correspondía. La hizo estremecerse—. Cuidado con las piedras flojas.

Luego, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso por donde habían venido.

Zul'jarra lo vio partir, aún desesperada por llamarlo, por perseguirlo, detenerlo, decirle que no lo había dicho con esa intención...

Se tragó las palabras, reprimió ese deseo impotente, se dio media vuelta y empezó a escalar.

Impulsada por la ira que sentía contra ella misma, Zul'jarra ascendió por la ladera como una araña. Mano tras mano, pie tras pie, el fuego que sentía por dentro la propulsaba hacia arriba. En dos oportunidades, estuvo a punto de resbalar y de caer en picada hacia su muerte, pero su entrenamiento y su habilidad la mantuvieron en eje.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado trepando la ladera, pero por fin logró subir al estrado del templo. Se desplomó contra la piedra lisa, con los brazos temblando, y los pulmones prendidos fuego.

El sol, que ardía en lo alto, la cegó, como si quisiera despabilarla para que siguiera adelante. A juzgar por su posición, habían pasado apenas unas horas desde el mediodía. Alzó una mano para protegerse los ojos de la luz que la evaluaba.

—Ahí voy.

Con los pies al borde del precipicio, observó el templo. Algunas partes estaban derruidas tras años de abandono, y otras, decoloradas, pero aun así evocaba una presencia arrolladora. Subió las escaleras con un nivel de reverencia sorprendente. Ignoró los altares rotos y vacíos que yacían a los costados, ahora devenidos en nidos de águilas, y se escabulló bajo la fría sombra de la torre principal.

Cuando atravesó la arcada que daba al salón principal, las estatuas llamaron su atención. Tres cabezas de águila, una en cada pared. La miraban desde lo alto; sus ojos, vacíos, la evaluaban. La escrutaban.

Las ignoró y observó el resto del espacio. Bancos cubiertos con una tela harapienta. Cuencos de ofrendas vacíos y algunos incluso rotos en el piso. No era difícil visualizar este lugar en su época de esplendor, lleno de sacerdotes, portavoces y adoradores. Seguramente, los muros vibraban ante su veneración.

La luz del sol se filtraba a través de la rendija que había encima de la entrada y, cuando una ráfaga de viento levantó el polvo y las cenizas que habían quedado de piras funerarias extinguidas hace muchos años, la mezcla espesó el aire y formó una nube de luz estelar centelleante. Era preciosa. Y desagradable. Tosió, se tapó la nariz y la boca, y entrecerró los ojos para protegerlos de la neblina.

Un destello. Algo brillaba al pie de un altar que se parecía mucho a aquel frente al cual se había arrodillado el día anterior. Algo metálico. Corrió hacia el lugar y se detuvo en seco, deslizándose un poco y levantando aún más polvo. Cubierta por una capa de mugre y telarañas, yacía el hacha.

Lenta y respetuosamente, Zul'jarra rodeó el mango con los dedos y levantó el hacha. Era vieja, pero su confección era magnífica. Pesada, pero no demasiado. Bien equilibrada. A lo lejos, le había parecido más grande. Quizá la luz la había engañado. El hacha le sentaba a la perfección en las manos, casi como si la hubieran diseñado para ella. Sujetó el mango con fuerza y ensayó un tajo para probarla. Cortaba el aire a la perfección. El filo parecía intacto y capaz de cortar a un hombre a la mitad.

O a un jefe vilrama arrogante.

Con su recompensa en mano, dio media vuelta para regresar, pero se detuvo cuando una de las tres cabezas de águila que la observaban captó su atención.

Zul'jarra descreía de las ofrendas que caían en oídos sordos, pero tampoco se sentía cómoda con la idea de llevarse esto sin dejar nada a cambio. Además, no tenía nada para dar, salvo...

Alzó el hacha con las palmas abiertas y agachó la cabeza.

—Mi tío dice que aún están ahí, escuchándonos. —Su voz se quebró—. No sé si comparto su fe, pero sí sé que nuestro pueblo necesita creer en algo. *Yo* necesito creer en algo.

Un grito irrumpió la calma.

—¡JARRA!

—¿Jan? —El pánico le dio una patada en las costillas que la hizo salir del lugar a toda velocidad; con el corazón en la boca, su pulso frenético hacía que le retumbara la cabeza. Subió por la escalera saltando varios escalones a la vez para llegar al borde del estrado lo antes posible. Lo que vio abajo le heló la sangre de terror.

Zul'jan saltó hacia un costado justo cuando un enorme garrote impactó contra el suelo y levantó un montón de tierra y piedras como si se hubiera tratado de agua. Un gnarldin rugió al levantar el arma, que, en verdad, no era más que un árbol sin ramas. La criatura no estaba sola. Había al menos otros dos gigantes que lo seguían; todos y cada uno estaban decididos a atrapar a su hermano. Zul'jan corría de un lado al otro para eludir los dedos mugrosos que intentaban atrapararlo.

Zul'jarra se dejó caer de un punto de agarre al otro para descender por la ladera a toda prisa. Era peligroso, y hasta podría decirse que imprudente. Un desliz, y habría rodado colina abajo hacia la muerte, pero no le importaba: debía alcanzar a su hermano.

Una de las criaturas se estiró hacia Zul'jan, pero él le clavó las dagas en la mano carnosa y se echó hacia un costado para esquivar el golpe que dio contra el suelo mientras aullaba de dolor. Quiso agacharse entre las piernas del otro, pero el monstruo llegó a sujetarlo de la capa. La tela se tensó alrededor del cuello de Jan, lo que ahogó sus gritos cuando lo arrojó contra un árbol. Cuando oyó ese golpe Zul'jarra rechinó los dientes tan fuerte que le dolió. Zul'jan cayó al suelo, y su cuerpo rodó hasta desaparecer al borde de un abismo.

Desesperada, Zul'jarra rugió y se lanzó hacia adelante.

—¡No! ¡Jan! —Su grito hizo eco a lo largo y ancho de la montaña, y los tres gigantes se dieron vuelta para observarla. Surcó los aires de un salto y clavó el filo de su arma en el cuello del gnarldin que había arrojado a su hermano. Sintió que la carne se hundía y el hueso se quebraba. De la herida brotó sangre a borbotones, que cegó a los otros gnarldin temporalmente.

El pánico la obnubiló mientras se abría paso hasta el borde del acantilado. Sintió un alivio tan grande cuando vio que Zul'jan estaba vivo, aferrado a una raíz que se asomaba cerca del borde, que se relajó y estuvo a punto de caer junto a él. Sus miradas se encontraron y, sin pronunciar palabra, él estiró el brazo hacia ella. Zul'jarra lo subió a tierra firme y lo abrazó con fuerza. Lo hizo a un lado en cuanto se percató de que los gnarldin restantes parecían haber vuelto en sí. Lanzaron un bramido y arremetieron con los puños y las armas alzados.

—¡Quédate detrás de mí! —gritó Zul'jarra antes de cargar hacia ellos. No tenía forma de asegurarse de que su hermano la hubiera escuchado, y tampoco podía enfocarse en eso. Sujetó el hacha con más fuerza y atacó.

Una y otra vez, levantó el arma y atacó a diestra y siniestra, cortando extremidades musculosas y pies gigantescos. Algunos de los golpes rebotaron contra sus armas improvisadas, pero eso no la detuvo. Siguió decidida y el siguiente ataque hizo volar una pierna por los aires, y el gigante amputado cayó de rodillas aullando de dolor. Le dio un golpe decisivo en la nuca y encaró al último adversario que quedaba en pie.

No había notado la inestabilidad de la zona rocosa que tenía debajo hasta que ya estaba en el aire con el filo del hacha en camino a enterrarse en el último gnarldin. El golpe aterrizó en el pecho de la criatura y caló hondo. Ella no soltó el mango del arma y se aferró a la criatura en su caída sobre el terreno inclinado. El gnarldin impactó contra el suelo con fuerza, que cedió de inmediato y se derrumbó debajo de él. Y debajo de *ella*.

—¡Jarra!

El grito de su hermano fue lo último que oyó antes de sentir que el mundo cedía bajo sus pies. El cielo se abrió en lo alto mientras la oscuridad la devoraba.



Los sueños de Zul'jarra se sumieron en sombras.

En la profundidad de la noche.

En las cumbres inalcanzables de las montañas.

Estaba escalando una, estirando una mano tras otra, perdiendo fuerzas con cada centímetro ganado. Las piedras le provocaban tajos en las palmas, que sangraban fuego. Y no importaba cuánto tiempo pasara escalando, jamás alcanzaba la cima. Quería detenerse, pero sabía que no podía. Contaban con ella. Estaban detrás de ella, siguiéndola. Si se detenía, todos caerían. Sería un fracaso. Así que siguió adelante, decidida a alcanzar la cima, desde donde su abuelo la observaba, juzgándola con la mirada.

La ira invadió por completo a Zul'jarra.

—No me juzgues desde un pedestal —gruñó con los dientes apretados—. ¡*Nunca* me juzgues desde un pedestal! —El eco de su voz rebotó a su alrededor e hizo temblar la ladera de la montaña. Parecía como si todo estuviera por desplomarse. Sin embargo, la mirada de Zul'jin se mantuvo firme, impávida, silenciosa.

—Tú... —espetó Zul'jarra, iracunda. Se impulsó hacia arriba, ahora más rápido, fogueada por la furia—. *Tú*. —Aún más rápido, a una velocidad casi imposible, ahora de pie, subía por la ladera corriendo—. ¡Tú! —De repente tenía el hacha de Akil'zon en la mano. Una ráfaga de viento la empujó desde atrás y la alzó en el aire hasta que sobrevoló sobre su abuelo—. ¡COBAAARDEEEEEEE! —Hundió el hacha en su cabeza.

La envolvió un fuego brillante y deslumbrante. El hacha se esfumó, consumida por la llamarada. Y Zul'jin también. Estaba segura de que sería la próxima víctima, pero se equivocó. No sintió calor alguno. Tampoco dolor. Solo una luz cegadora y la ira, que latía con fuerza en su pecho.

Abrió los ojos de par en par. Por un instante, el mundo constaba de formas y colores desconocidos que, poco a poco, se definieron hasta convertirse en una habitación que conocía bien: la suya.

—¿Q-qué...? —Su garganta se rebeló ante el deseo de hablar. Era como si hubiera tragado fragmentos de vidrio.

Primero percibió un movimiento brusco a su lado y luego Kinduru se inclinó sobre ella, con una expresión de preocupación en el rostro. Cuando se miraron a los ojos, el alivio lo dejó sin aliento.

—Z-Zul'jarra —balbuceó—. Alabada sea Akil'zon.

—Akil'zon —repitió Zul'jarra con un susurro. Su mente se esforzó en reconstruir un recuerdo que involucraba un templo en la cima de una montaña y un hacha en las manos—. ¿Qué pasó?

Kinduru se dejó caer sobre la silla que estaba al lado de la cama.

—Te caíste —dijo, sin aliento e incrédulo—. Desde lo alto del Confín de Akil'zon. Semejante altura debería haberte matado, pero apenas tienes un rasguño.

Entendió cada una de las palabras de su tío por separado, pero no lograba comprender lo que estaba diciendo.

—¿Me caí? —repitió.

Él asintió.

—Zul'jan te encontró cerca del pie de la montaña, en el nido de un águila, si puedes creerlo... De alguna forma, sobreviviste. Hasta lograste aferrarte al hacha. Él te trajo de vuelta a casa.

Zul'jarra siguió la mirada de su tío hasta el hacha que reconoció al instante, apoyada sobre la pared. ¿De dónde...? ¡Akil'zon!

En ese momento, un aluvión de recuerdos abrumó su mente, desde el más reciente hasta el más lejano: Cuando combatió a los gigantes con el hacha. Cuando escaló hasta el templo en el que descubrió el arma. El motivo por el que había ido a buscarla en primer lugar...

—¡El desafío! —Se incorporó repentinamente en la cama, con los músculos aún doloridos—. ¿Cuánto tiempo pasé inconsciente?

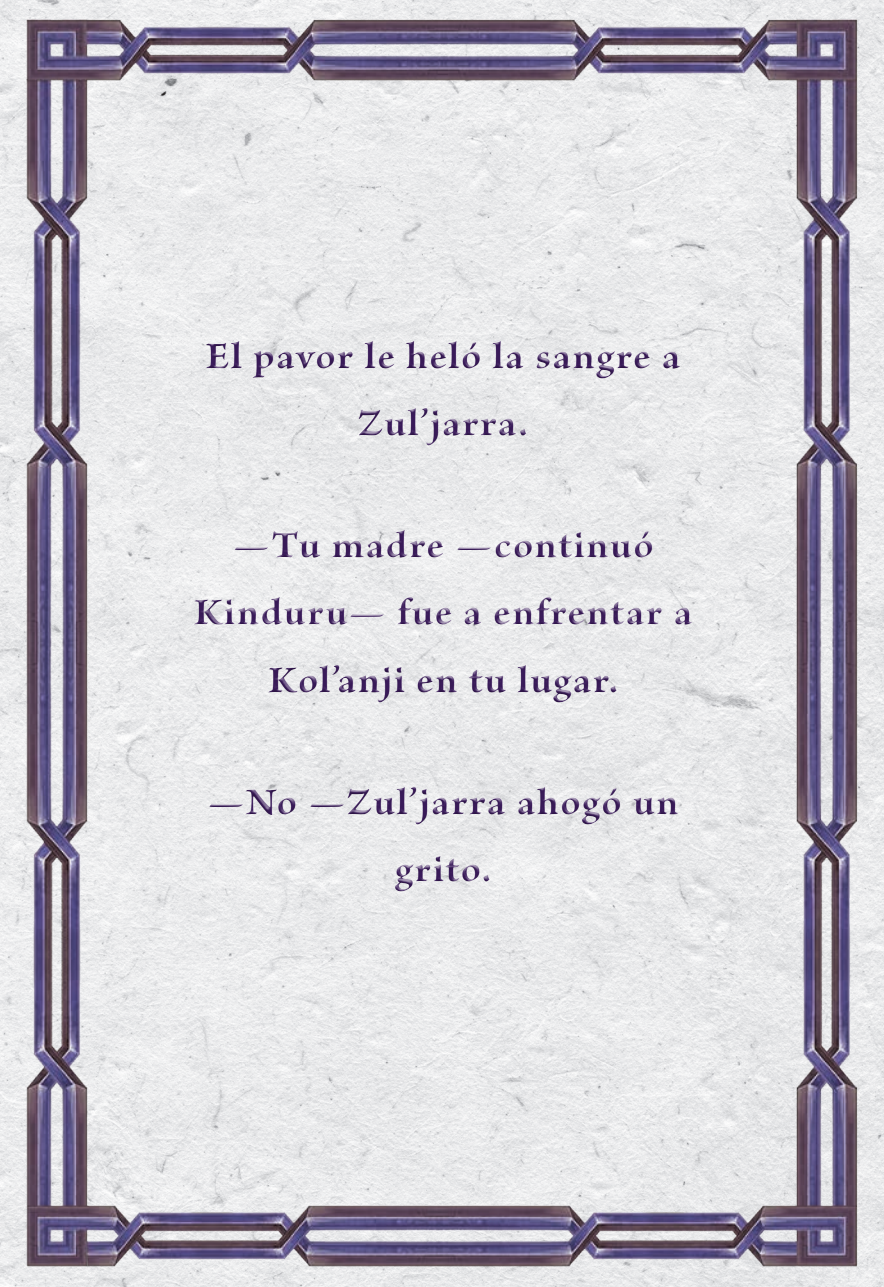
La conmoción en la expresión de Kinduru se disipó ante el exabrupto.

—Por lo menos un día. El desafío ya está en curso.

El pavor le heló la sangre a Zul'jarra.

—Tu madre —continuó Kinduru— fue a enfrentar a Kol'anji en tu lugar.

—No —Zul'jarra ahogó un grito. En el estado en que se encontraba Zarama, era imposible que lo venciera.



El pavor le heló la sangre a
Zul'jarra.

—Tu madre —continuó
Kinduru— fue a enfrentar a
Kol'anji en tu lugar.

—No —Zul'jarra ahogó un
grito.

Sin decir nada más, Zul'jarra apartó la manta y obligó a su cuerpo a ponerse de pie. Hizo caso omiso del dolor agudo que punzaba entre sus costillas.

—¿Qué haces? —protestó Kinduru.

—Sabes *perfectamente* lo que hago —contestó y empuñó el hacha.

—¡No estás en condiciones de luchar!

—Tú mismo lo dijiste: debería estar muerta. Si estoy en pie, es más de lo que puedo pedir. —Zul'jarra abandonó la habitación y su hogar a toda prisa, y se dirigió adonde la aguardaba su oso de guerra.

—El desafío transcurrirá en el Trono Quebrado —le avisó Kinduru mientras ella se subía a la montura y sacudía las riendas—. ¡Que las alas de Akil'zon te acompañen!



Zul'jarra oyó los cánticos de la multitud antes de que se le apareciera la ciudad en ruinas. Se oían rugidos y abucheos, de un lado y del otro, que daban la pauta de que se estaban intercambiando golpes. El combate seguía. El camino estaba despejado, salvo por algunas excepciones; centinelas amani y guerreros vilrama intercambiaban miradas a ambos lados del camino principal.

Zul'jarra los ignoró sin el más mínimo reparo mientras algunos gritaban su nombre conmocionados, y otros vociferaban insultos a su paso. Para entrar en la arena, tuvo que obligar a su oso a trepar.

“Más rápido. ¡Más rápido!”

Cuando llegó a la cima, saltó de la montura y aterrizó con un gruñido. El dolor la colmó de pies a cabeza, pero siguió adelante. Era un tumulto de espectadores, y lo único que se escuchaba más fuerte que sus gritos era el sonido de las armas cuando chocaban entre sí.

—¡A un lado! —quiso gritar, pero su garganta aún ardía, y sus palabras se resquebrajaban en el aire—. ¡A un lado!

Mientras se abría paso entre la multitud que rodeaba la arena, Zul'jarra no tuvo que darse vuelta para saber que su hermano estaba a su lado. Sintió su presencia de un momento al otro, como tantas otras veces había pasado.

—¡Su jefa ordenó que se hicieran *A UN LADO!* —vociferó Zul'jan más fuerte y con más fervor del que jamás había oído Zul'jarra de parte de su hermano.

La gente se dio media vuelta, los vio y, obedientemente, dieron un paso al costado.

Zul'jarra corrió hacia adelante y llegó al suelo de la arena en el preciso instante en que Kol'anji se agachó para esquivar el hacha de Zarama y luego le clavó el filo de su maza en el abdomen.

El sonido del desgarrar de la piel de su madre dejó a Zul'jarra paralizada. Observó cómo Zarama sujetó el arma que le habían clavado. Kol'anji la arrancó de un tirón, y Zarama cayó hacia adelante, de rodillas sobre el polvo, con una mano apoyada en el suelo. A medida que se acercaba más y más al suelo, el tiempo parecía detenerse.

Kol'anji alzó los brazos, bañados en sangre, con total regocijo. Zul'jarra no pudo distinguir lo que dijo, opacado por el latido atronador de su propio corazón.

“Madre, ¡no!”.

Inexplicablemente, Zarama se dio vuelta, como si hubiera oído su grito desesperado. Su mirada encontró a Zul'jarra. Vio a su hija. Vio el hacha. El miedo que la acogía se transformó en paz. Sonrió, y sus labios ensangrentados se movieron para anunciar palabras que nunca llegarían a los oídos de Zul'jarra.

Luego se desplomó sobre el suelo.

La imagen de su madre ahí tirada sobre un charco rojo torció algo en el interior de Zul'jarra, como un mazo contra el acero. El dolor que había helado sus extremidades empezó a derretirse por la ira que corría por sus venas. Empezó a hervir y a echar espuma, calcinando sus entrañas, y llenó hasta el último rincón de su cuerpo.

Y, de repente, estalló.

Se contarían historias y se cantarían canciones del primer verdadero grito de guerra de Zul'jarra. De cómo brotó de su interior como el fuego de un volcán, ardiente y abrasador. De cómo sacudió las piedras ancestrales del Trono Quebrado y más allá. Quienquiera que lo hubiera escuchado lo compararía con el graznido de una gran águila, y, durante días, quienes lo escucharon sin haber estado presentes creyeron que Akil'zon había regresado.

Pero no era el caso.

La loa no había regresado.

Pero había nacido una leyenda.

—Ah, la niña —rio Kol'anji—. Justo a tiempo para descubrir que ahora es huérfana. —Alzó una mano y la invitó—. Vamos, ¿qué esperas?

—Jarra, espera —intentó Zul'jan, pero ella ya había empezado a atravesar la arena corriendo.

Kol'anji se apartó del cuerpo de su madre para enfrentar a la hija.

Zul'jarra cargó todo su peso en un golpe. El filo de su hacha chocó contra la maza de Kol'anji. La fuerza del impacto resonó en todo su cuerpo, lo que la aturdió el tiempo suficiente para que el puño carnoso de su contrincante encontrara su mandíbula.

Vio las estrellas. El sabor de la sangre le inundó la boca. Se tiró hacia atrás para ganar un poco de distancia y levantó el arma.

Kol'anji soltó una carcajada, sutil y provocadora.

—Tienes garras, eso te lo concedo. Cuando acabe contigo, creo que me quedaré con tu cabeza y con la de tu hermano. —Miró hacia donde estaba Zul'jan, en el borde de la arena, gritándole a la hermana que luchara—. No quiero separar a la familia.

—¡Tú serás quien pierda la cabeza! —exclamó Zul'jarra mientras atacaba frenéticamente al trol que la superaba en tamaño con toda su fuerza. Una parte de ella sabía que estaba siendo imprudente. Si no dejaba de luchar gobernada por la ira, tarde o temprano le daría la oportunidad de contraatacar.

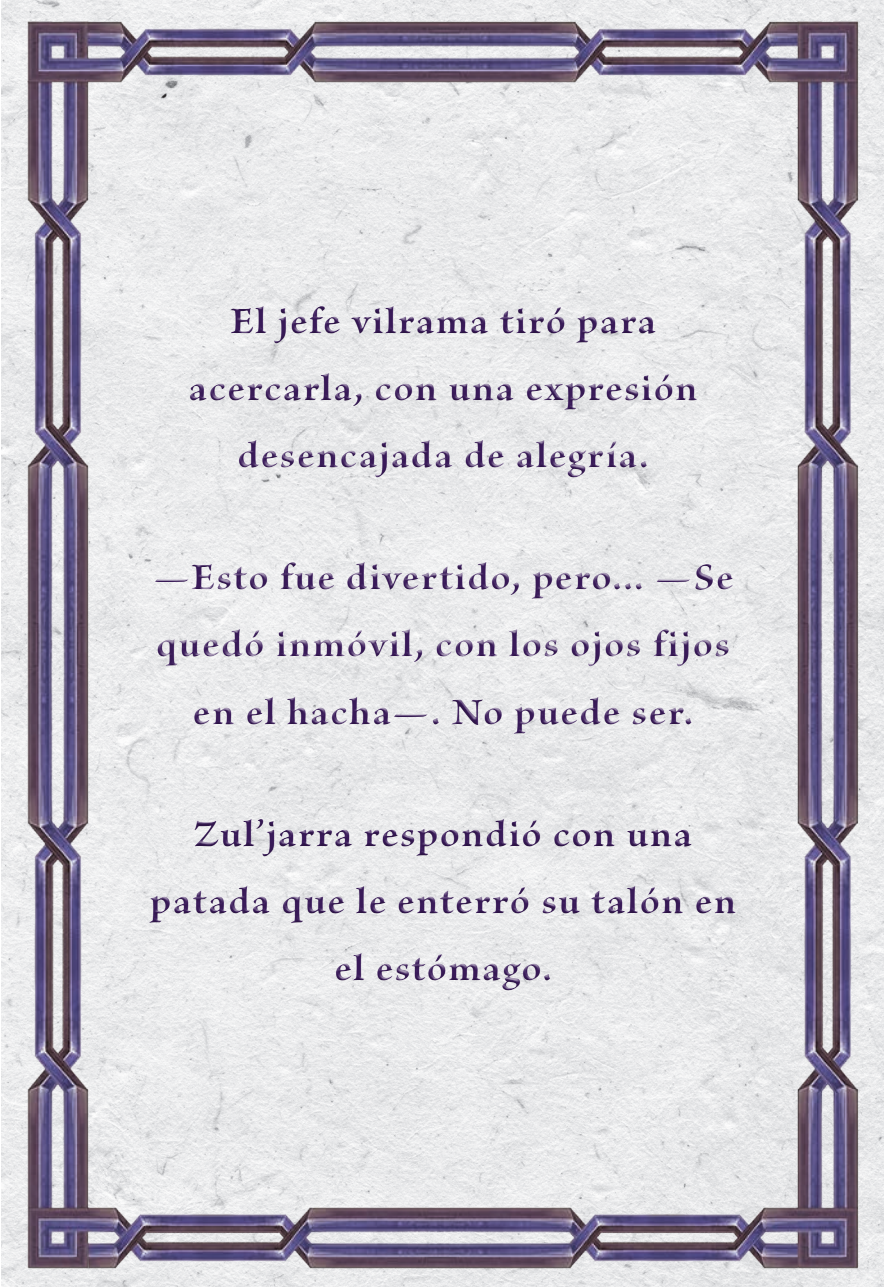
A otra parte de ella no le importaba. Si se desprendía de la ira, la angustia la abrumaría y la pelea llegaría a su fin, y no por mérito de Kol'anji.

Volvió a atacar. Esta vez, la cabeza de la maza de Kol'anji atajó su hacha en un ángulo y no la dejó ir. El jefe vilrama tiró para acercarla, con una expresión desencajada de alegría.

—Esto fue divertido, pero... —Se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el hacha—. No puede ser.

Zul'jarra respondió con una patada que le enterró su talón en el estómago.

Levantó un montón de arena cuando trastabilló hacia atrás. La arrogancia en su expresión flaqueó un momento, y los ojos lo delataron.



El jefe vilrama tiró para
acercarla, con una expresión
desencajada de alegría.

—Esto fue divertido, pero... —Se
quedó inmóvil, con los ojos fijos
en el hacha—. No puede ser.

Zul'jarra respondió con una
patada que le enterró su talón en
el estómago.

—Esa hacha no te salvará, como tampoco pudiste salvar a tu madre, *niñita*.

—Jefa —espetó entre dientes. Luego se abalanzó sobre él y lo atacó una y otra vez, cada golpe más rápido que el anterior. El metal chillaba con cada impacto. Las chispas se esfumaban en la luz del sol. El corazón de Zul'jarra latía con una fuerza salvaje y furibunda. Sentía los músculos tensionados. Sujetó el mango del hacha con firmeza. Con furia en el corazón y fuego en la garganta, se libró de la agonía que la acogía con un grito que la vació por completo. Blandió el arma.

El filo encontró la carne. Atravesó tendones y hueso.

La sonrisa de Kol'anji desapareció. Su cabeza cayó al suelo.

El cuerpo la siguió.

Durante un momento, Zul'jarra se quedó perpleja. Estuvo a punto de ceder al impulso de enterrarle el hacha en el cuerpo una y otra vez, pero lo resistió. Se lo tragó. Ahogó otro grito en su interior.

En cambio, enfrentó a la arena que se había sumido en el silencio. Miró detenidamente las caras de quienes la llamarían su enemiga, su aliada, su líder. Las caras de su pueblo.

Pasó por encima del cuerpo de Kol'anji y levantó el hacha bien alto.

—¡Yo soy Zul'jarra! ¡Sangre de Zarama! ¡Jefa de los amani y de las tribus del bosque! —Su voz permanecía firme a pesar de que su cuerpo todo aún se estremecía—. ¡Quiero que cualquiera... y digo *cualquiera* que me cuestione dé un paso al frente!



El jefe vilrama quedó tirado en el suelo mientras Zul'jarra, su hermano y otros levantaban el cuerpo de Zarama de la arena. La envolvieron en un lino sagrado y la cargaron en hombros para mantenerla en alto durante todo el camino hasta Amani'Zar.

Zul'jan intentó convencer a su hermana de que se tomara un descanso para que la revisaran los curanderos, pero ella se rehusó. El dolor era lo único que la mantenía entera.

Kinduru los esperaba en las afueras del asentamiento con la cara bañada en lágrimas y una expresión abatida. Los condujo hacia el altar donde prepararían

a Zarama para los últimos ritos. Todo lo que pasó después fue una nebulosa: la gente iba y venía, y ofrecían felicitaciones y condolencias. Zul'jarra no se alejó de la madre, y Zul'jan no se alejó de ella. Abrazaba a su hermano para consolarlo mientras lloraba.

Para cuando anocheció, Zul'jarra de alguna manera había logrado bañarse y vestirse para la ceremonia que se avecinaba. Habían colocado antorchas en un círculo alrededor de una tumba que se había cavado hacía tan poco que el olor a tierra aún permeaba el aire. Permaneció en silencio, inmóvil, mientras enterraban a su madre. Luego, se encontró en el centro de un círculo iluminado por el fuego mientras Kinduru les hablaba a los que habían asistido para honrar a su madre. Con el tiempo, la gente destacaría la belleza de sus palabras para con los caídos, pero Zul'jarra nunca logró retenerlas. Tampoco estaba segura de si eso le molestaba o no.

Al día siguiente, estaba sentada en el gran salón, en el lugar de la madre. Uno por uno, llegaron los demás líderes para ofrecer su respeto y un tributo a la nueva jefa. Todos salvo los vilrama, que se llevaron a su jefe y su cabeza, y se desvanecieron en el bosque.

Zul'jarra aceptaba los obsequios y se los pasaba a su hermano. Era la primera de muchas disculpas que le ofrecería por lo que le había dicho bajo el templo de Akil'zon. Los aceptó en silencio, con esa misma máscara imperturbable. Esa noche, no hubo ninguna celebración, ni gran festín. Solo el vacío profundo de una enorme pérdida.

Finalmente, el cónclave llegó a su fin, y Zul'jarra pudo regresar a sus aposentos. Los aposentos de la jefa. Con todo el alboroto del funeral y el cónclave, apenas había tenido tiempo para cambiarse de atuendo. Pero ¿y ahora? En la quietud que siguió, observó la mezcla de pertenencias de su madre y las propias.

Algo no estaba bien. Ella no debía estar aquí. ¡Este lugar le pertenecía a su madre, y estas eran sus cosas! ¡Ella no tenía derecho alguno! Ella...

Un peso enorme había recaído sobre los hombros de Zul'jarra en la arena, y se volvió más pesado con cada paso del cortejo fúnebre. Más aun con cada elogio y con cada pésame, porque todo reforzaba la idea de que su madre había muerto y que había sido su culpa. Era como si llevara un collar de piedras alrededor del cuello que tiraban cada vez con más fuerza, hasta que finalmente colapsó.

En algún momento, Zul'jan llegó para acompañarla en la oscuridad. Ral'ji también se acercó en silencio. Después de un tiempo, Zul'jarra logró articular las palabras necesarias para pedir que la dejaran sola.

La noche transcurrió a cuentagotas hasta que alguien llamó a la puerta.

Zul'jarra no respondió.

La puerta se abrió de todas formas.

Kinduru entró con algo en las manos. El hacha de la madre.

—Ahora es tuya —murmuró el portavoz, con la voz colmada de emoción.

—Mmm.

La apoyó sobre la repisa en la que Zarama solía guardarla.

—Lo que pasó no fue tu culpa, Jarra —empezó Kinduru.

Se le escapó un gruñido sutil del pecho. No quería hablar de este tema.

El portavoz debió haberlo percibido, porque vaciló antes de aclararse la garganta y continuar.

—Zarama conocía los riesgos y decidió ir de todas formas. Se ofreció en tu lugar, como lo habría hecho cualquier madre.

En un instante, se le llenaron los ojos de lágrimas. Seguían las huellas que ya marcaban su cara, como una cruel imitación de las líneas que su madre le había pintado días atrás.

—Cargas con tanto peso sobre los hombros... —Kinduru se arrodilló y se inclinó para apoyar su frente contra la de ella—. Tu madre no querría que cargaras con esto también.

Zul'jarra arrojó sus brazos alrededor del cuello de su tío y rompió en llanto.

—¡Los dos están muertos!

—Lo sé. —Se mantuvo firme mientras el cuerpo de ella se retorció, agitado.

Golpeó sus hombros y espalda con los puños cerrados.

—¿Cómo pudieron dejarme sola?!

—No te guardes nada, Jarra. —Su voz se resquebrajaba con su respiración entrecortada—. No te guardes nada.

La dejó llorar, insultar, gritar y patalear, todo sin soltarla en ningún momento.

Cuando la tormenta que se había desatado en su interior se calmó, Kinduru la

ayudó a ponerse de pie y la abrazó una vez más. Aún había mucho que hacer, y ya se hablaba del descontento de los vilrama.

El portavoz se dio vuelta para marcharse, pero se detuvo cuando lo llamó Zul'jarra.

—Tío.

—¿Sí?

Su mirada se dirigió al hacha de Akil'zon, que estaba en el mismo lugar donde la había tirado cuando volvió de la arena. La sangre de Kol'anji aún oscurecía el filo del arma.

—Quiero esa cosa fuera de mi vista.

Kinduru frunció el entrecejo.

—¿Estás segura? Quizá si la ponemos en...

—No.

La decepción en su rostro se hizo aparente.

—Después de todo lo que te costó ganarte la bendición de Akil'zon, ¿vas a desecharla?

—¿Bendición? —Zul'jarra soltó una carcajada que sonó vacía—. Esa cosa es una maldición. No la quiero cerca.

—Pero la loa...

—*¡Le recé a Akil'zon en el templo!* —La ira le subió por la garganta hasta los dientes—. ¿Y qué hizo la loa por mí, eh? Me envió a presenciar la muerte de mi madre, demasiado tarde para salvarla. Los loa no estuvieron ahí para mí, para nosotros. Mi madre sí. ¡Así que será su hacha la que porte como jefa! —Temblaba de furia, pero, de algún modo, habló con total firmeza—. Llévatela. Lejos.

Kinduru hizo una reverencia.

—Así será, jefa.